



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

GÁLATAS

EXPONE

• Esteban Beitze •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Temario

V. Clase 5

1. Parte doctrinal. Los principios de la justificación (3:25-4:20)

- a. Sexto argumento para la justificación por la fe: hijos de Dios por la fe (3:25-29)
- b. Séptimo argumento para la justificación por la fe: creyentes como hijos (4:1-7)
- c. Octavo argumento para la justificación por la fe: la futilidad del ritualismo (4:8-11)
- d. Testimonio personal del apóstol Pablo (4:12-20)

2. Parte doctrinal. Los principios de la justificación. Los dos pactos (4:21-31)



1. Parte doctrinal. Los principios de la justificación (3:25-4:20)

a. Sexto argumento para la justificación por la fe: hijos de Dios por la fe (3:25-29)

“Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo un guía, porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa”.

Pablo continúa su argumento anterior (clase 4), aclarando que el ayo que los había guiado en su niñez, una vez cumplida su función, había dejado su rol y autoridad sobre ellos, pues ahora, siendo hijos de Dios por la fe, tenían el evangelio, el cual los revestía de justicia. Dicho de otro modo, ya no necesitaban observar la ley ritual, pues eran libres de ella. Esto solo fue posible gracias a que Cristo cumplió la ley por nosotros.

La ley, a diferencia de la fe, no puede engendrar hijos ni por la circuncisión ni por su observancia, sino tan solo prepararnos para un nuevo nacimiento en Cristo por medio de la fe. Como dice Juan 1:12: *“A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”.*

Por medio de la fe, judíos y gentiles tienen todos un mismo nombre: hijos de Dios. Ninguno que haya recibido a Cristo tiene la necesidad de contar con un guía que lo conduzca hacia la verdad. Ha llegado a la edad suficiente como para ser admitido como hijo y recibir los privilegios de la fe.

En el contexto griego de los gálatas, un hijo no era considerado más que un sirviente hasta que llegase a determinada edad. Le debía obediencia absoluta al esclavo guía hasta que pudiese experimentar los privilegios de la herencia. A partir de allí, actuaba con absoluta independencia. Esta es la imagen que Pablo quiere mostrar: bajo la autoridad de la ley, las personas tienen restricciones, pero bajo el evangelio, son admitidos como hijos de Dios, por lo tanto, son libres para actuar por ellos mismos, aunque bajo la guía del Espíritu de Dios.

El creyente no es hijo natural de Dios, como Cristo, sino que es hijo por medio de la adopción divina, un acto soberano que se nos ha brindado por gracia. Por la fe, no solo hemos sido adoptados como hijos de Dios, sino que también hemos obtenido nuestra libertad.



En el versículo 27 es claro que Pablo se refiere al bautismo como la experiencia de conversión (bautismo en Cristo), y no al bautismo en agua, pues de lo contrario, también el apóstol estaría poniendo requisitos para la salvación fuera de la fe en Cristo, negando el mensaje principal de su carta.

Podemos decir entonces que todos los que se han sumergido en la fe en Jesucristo, ahora están revestidos de él. Esta metáfora quiere expresar la cercanía y unidad con el Señor. Una confinidad que hace que el creyente represente el nombre y carácter de Cristo, del cual llevamos en nosotros su justicia y santidad (nuestra justificación y santificación). Dios nos considera en Cristo, nos ve libres de culpa y condenación, aceptándonos por esto en su Hijo.

También Pablo puede estar refiriéndose a la *toga viril*, la prenda romana blanca que significaba el paso de la niñez a la adolescencia (adultez para los romanos [*infans maior*, 12 años en las mujeres y 14 años en los hombres]), dando a entender que Cristo era esta toga, por lo tanto, era hora de dejar nuestra niñez y con ella la autoridad del ayo.

Cristo une a todos bajo el mismo nombre: “*Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*” (v. 28). Todos son cristianos bajo los mismos términos y condiciones. Como la simiente prometida de Abraham, Cristo los encierra a todos y los hace, por medio de la fe en él, herederos de la promesa.

No solo son hijos de Dios, sino que todos forman parte de la iglesia del Señor.

Algunas versiones cometen el error de traducir este pasaje como una posibilidad: “no debe haber judío ni griego...” o como una minimización: “ya no importa si son judíos o griegos...”, sin embargo, el apóstol utiliza la expresión “*οὐκ ἔστι*”, “*ouk esti*”, es decir, la antigua forma alargada de *εἶναι* con acento recesivo, el cual significa literalmente ‘no hay’. Esto claramente es un hecho, no una posibilidad. Deberíamos pensar en la asignación que hacemos comúnmente a un judío cuando se convierte a Cristo, llamándolo “judío mesiánico”, cuando ya no hay judío en él. Debería simplemente ser llamado “cristiano”, pues no hay más diferencias entre este y un gentil creyente. En Cristo ya no existen las diferencias raciales, nacionales, sociales ni sexuales.

El último versículo del capítulo 3 dice: “*Y si son de Cristo, entonces son descendientes de Abraham y herederos de las promesas que Dios le hizo*”.

¿Cuál es la condición para ser descendiente de Abraham y heredero de las promesas que Dios hizo con este? ¿Son acaso los lazos sanguíneos, la raza, la nación, la familia, la posición social o el sexo? No, sino tan solo ser de Cristo (“*εἰ δὲ ὑμεῖς Χριστοῦ*”, “*ei de hymeis Christou*”).

Por medio de la pertenencia y unidad con Cristo, te haces descendiente de Abraham al igual que él, recibiendo por ello la promesa de Dios.



b. Séptimo argumento para la justificación por la fe: Creyentes como hijos (4:1-7)

“Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo, sino que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre. Así también nosotros, cuando éramos niños estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ‘¡Abba, Padre!’ Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”.

Aunque el señor de la casa sea el propietario de todo, cuando el heredero es niño no es mayor a un sirviente, es decir, no cuenta con la libertad de usar o disfrutar de su herencia. Como ya hemos visto, esta es la relación con la ley. Ahora, en Cristo hemos alcanzado nuestra mayoría de edad y somos libres de la esclavitud de la ley. Aquel que antes no difería en nada de un siervo, aunque era señor de todo, puede por la fe llegar a la edad madura y disfrutar de dicha herencia.

El niño es cuidado por tutores y administradores. Estas palabras son similares (*ἐπιτρόπους*, *epitropous*, ‘guardianes’ o ‘albaceas’; *οἰκονόμους*, *oikonomous*, ‘fideicomisario’ o ‘síndico’). Los guardianes estaban encargados del testamento. Ellos hacían que la voluntad del testador o causante se cumpliera respecto a su herencia. Además, custodiaban los bienes. También la palabra griega *epitropous* puede referirse a un mayordomo, esclavo o liberto, que tenía la responsabilidad de cuidar e instruir a los niños. Por otra parte, los síndicos administraban los bienes en favor de un beneficiario, supervisando tanto a la familia como el patrimonio hasta que el heredero cumpliera la mayoría de edad y tomara la herencia. La mayoría de edad solía ser el tiempo que el padre establecía en su testamento. Los *oikonomos* también estaban a cargo del cuidado de los hijos en una familia, además de los asuntos administrativos y pecuniarios.

No obstante, la diferencia entre estos servidores no es tan importante para el argumento de Pablo. Lo crucial aquí es que el niño heredero está bajo el gobierno o autoridad de otras personas hasta el tiempo designado por su padre. Una vez culminado este tiempo, ingresará en la herencia. Muchas veces esto se daba cumplida la mayoría de edad, pero era el padre quien decidía finalmente los tiempos: el hijo no podía reclamar la herencia por haberse hecho adulto.

Cuando eran niños estaban en cautiverio bajo los rudimentos del mundo, bajo aquello que se iba desarrollando por medio de la instrucción, con la enseñanza de los principios básicos y las verdades elementales. Sin embargo, siendo adultos, el Espíritu Santo se derramó en ellos por medio del evangelio y ya no están bajo la esclavitud de la ley.



El versículo 4 dice: “*Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley*”.

El apóstol utiliza el aoristo ἦλθεν, *ēlthen* para el verbo pasado de “venir”. El aoristo es un tiempo único e irrepitible: el cumplimiento del tiempo viene una sola vez. El padre no tiene varias fechas para que el hijo se haga con la herencia, sino una sola. En la hora establecida por el Padre celestial, el Hijo vino a este mundo. Tanto el tiempo como la manera en que Cristo vendría ya había sido designada por Dios: su representante oficial nacería de una mujer entre el pueblo judío.

La expresión “τὸ πλήρωμα τοῦ χρόνου”, *to plērōma tou chronou*, significa más bien ‘la plenitud del tiempo’, es decir, en el momento en que ha sido establecido.

Cristo nació de mujer, por lo tanto, es completamente humano. Aunque Pablo no hace mención en este pasaje acerca del nacimiento virginal, había dicho anteriormente que Dios “envió a su Hijo”, declarando también su deidad.

Cristo fue además judío, con el fin de redimir a los que estaban bajo la maldición de la ley, para que judíos y gentiles recibieran la adopción.

Podemos ver a través de la historia que el tiempo de la venida de Cristo era el propicio. Se había dado en el Imperio romano las condiciones para una rápida difusión y asimilación de la cultura romana del mensaje de la muerte y resurrección de Jesucristo. Las conquistas de Alejandro Magno hicieron del griego el idioma del Mediterráneo. Esto hizo que las barreras idiomáticas desaparecieran y el mensaje de Cristo avanzara con rapidez de boca en boca y por medio de la literatura escrita. Además, los judíos se encontraban esparcidos por todo el Imperio. La infraestructura del Imperio no tenía precedentes. Un sistema de vías atravesaba la tierra, y el Gobierno daba protección a los viajeros. Existía extensas rutas de intercambio dentro de los límites del Imperio y con otras civilizaciones, siendo una entrada útil a Europa y Asia. Con independencia de sus intenciones, incluso las persecuciones romanas a los cristianos ayudaron a la propagación del evangelio. Además, muchas profecías se reunieron en este tiempo y recibieron su cumplimiento.

Dios envió a su Hijo para que pudiera redimir (*exagorasē*) a los que estaban bajo la ley, con el fin de que recibieran (*apolabōmen*, ‘recibir en su totalidad’) la adopción de hijos. Esta filiación es dada como un regalo. El verbo “recibir” tiene una fuerza activa, por lo tanto, lo recibieron de parte de otro. Como sabemos, esto fue de parte de Dios y de manera gratuita. El ser adoptados como hijos significaba pasar de la condición de esclavos a los privilegios de hijos que gozan de todas las libertades.

El versículo 6 dice: “*Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ‘¡Abba, Padre!’*”.

El Espíritu Santo nos da la garantía de que somos hijos de Dios, pues él mismo clama por nosotros ¡Abba, Padre! No es el Espíritu el que nos hace hijos, sino que él es enviado a nosotros cuando somos



hijos de Dios por la fe en Cristo: *“Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”* (Jn. 1:12). El Espíritu de Dios es enviado a aquellos que le pertenecen a Cristo y que por su obra han sido recibidos como hijos de Dios. El Espíritu de Cristo clama *Abba*, una palabra aramea para mencionar al padre de manera íntima dentro del círculo familiar, vinculada con el judaísmo, y *Patēr*, la palabra griega para “padre”, asociada con el mundo gentil. En ambas lenguas se solía adorar a Dios. Es probable que haya sido Jesús quien originó el uso de *Abba*, *Patēr* en Marcos 14:36: *“Y decía: ‘¡Abba, Padre!, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú’”*. Tanto Cristo como el Espíritu Santo en nosotros claman a Dios ¡Abba, Padre! Así como sucedió con Cristo, rogar al Padre es reconocer su autoridad y cuidado. El Espíritu clama de esta manera a causa de nuestra debilidad, pues no sabemos cómo acercarnos a Dios. Además, Pablo enseña que de la misma manera que el Señor Jesús se acercó de manera íntima al Padre en momentos de mucha angustia, así también sería con nosotros. Él era el Hijo de Dios, por lo tanto, se trataba de una relación natural de Padre e Hijo. No obstante, somos adoptados como hijos, por lo tanto, hechos como él. Ahora tenemos el Espíritu de Cristo y podemos clamar con la misma intimidad con la cual él clamó.

A los esclavos de la casa no se les permitía llamar a su dueño con el nombre de *Abba*, sino que debían usar el término “señor”. Como hijos de Dios, tenemos este privilegio de dirigirnos a nuestro Padre como personas libres que no están bajo la servidumbre del pecado.

Podemos ver en este pasaje cómo la adopción es una obra de toda la Trinidad. Dios el Padre envió al Espíritu Santo de su Hijo Jesucristo para clamar nuevamente a quien lo envió ¡Abba, Padre!

El versículo 7 dice: *“Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”*. Dicho todo lo anterior, debía quedar claro para los gálatas que ya no eran esclavos, sino hijos y, por lo tanto, herederos de la promesa por medio de la fe en Cristo.

La adopción de Dios nos libera de nuestro estado de servidumbre al pecado y a la ley.

c. Octavo argumento para la justificación por la fe: la futilidad del ritualismo (4:8-11)

“Ciertamente, en otro tiempo, cuando no conocíais a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses; pero ahora, ya que conocéis a Dios o, más bien, que sois conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar? Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. Temo que mi trabajo en vuestro medio haya sido en vano”.



Los gálatas tenían, antes de conocer el evangelio de Cristo, una vida de idolatría, sin embargo, gracias a los judaizantes no habían mejorado esa situación, pues esto los sometían al yugo de la observancia de las ceremonias mosaicas y la circuncisión.

Habían sido llamados a abandonar su idolatría para así disfrutar de la libertad en Cristo, no obstante, decidieron esclavizarse nuevamente a los rudimentos de la ley, débiles y miserables, los cuales les eran de condenación a causa de su pecado. ¿Cuál era la necesidad de dar marcha atrás luego de haber conocido a Dios o de ser conocidos por él? Dicho de otro modo, ¿por qué se comportaban como bebés habiendo alcanzado ya la edad adulta?

A diferencia del versículo 3, donde Pablo enseñó que la ley los tenía en cautiverio, utilizando la expresión “*ἡμεθα δεδουλ*”, “*ēmetha dedoulōmenoi*”, ‘fueron mantenidos en cautiverio’, ahora prefiere utilizar un verbo más personal, *ἐδουλεύσατε*, *edouleusate*, que aunque puede traducirse ‘estabas esclavizados’, sugiere una disposición y acción personal: ‘se habían esclavizado’. Con esto daba a entender que la idolatría era una práctica voluntaria: decidían adorar a aquello que por naturaleza no eran dioses, es decir, no tenían la esencia divina, sino tan solo la deificación de los hombres, incluyendo en este grupo a la adoración imperial. Y ahora, con la misma disposición seguían, una vez más, rudimentos débiles, impotentes, pobres y sin valor. Es muy posible que con esto se refiera a la ley ceremonial.

Conocieron a Dios o mejor dicho experimentaron a Dios, ya que el verbo *ginóskō* hace referencia a experimentar de manera personal o conocer algo de primera mano. Tal es así que en ocasiones es utilizado para describir las relaciones sexuales, como en Lucas 1:34: “*Entonces María preguntó al ángel: –¿Cómo será esto?, pues no conozco [ginōskō] varón*”. Sin duda, la conversión de los gálatas no había sido nominal, sino que realmente experimentaron a Dios de manera personal por medio de la fe en Cristo.

Pablo da la vuelta a su punto de vista de manera inmediata, pues quiere remarcar la gracia de Dios sobre ellos, la cual finalmente los alcanzó. ¿Cómo es posible que hayan decidido dar la vuelta luego de semejante experiencia?

Las fiestas y ritos establecidos por Moisés no eran más eficaces que las prácticas paganas que solían ejercer los gálatas antes de recibir el evangelio de Cristo. Pablo mismo observaba algunas fiestas, pero no como un medio para agradar a Dios y mantener por eso la salvación, de lo contrario, las fiestas se opondrían a la libertad del Espíritu como hijos de Dios. Para el cristiano no hay un día sagrado, sino que su mirada está puesta en la eternidad. Ellos aún observaban los días, los meses, los tiempos y los años. El verbo utilizado por Pablo es *paratéreo*, que significa “observar atentamente, con un gran interés personal”.



Con “los días”, hace referencia al *Sabbath*; con “los meses”, a las lunas nuevas; con “los tiempos”, a las fiestas, como la Pascua, el Pentecostés, la Fiesta de los Tabernáculos, etcétera; y con los años, a distintos aniversarios como la celebración del jubileo.

Pablo teme que todo el esfuerzo depositado en ellos haya sido en vano. Si dependían de la ley ceremonial para alcanzar la salvación (algo que jamás pasaría), todo su esmero por llevar a los gálatas a Cristo se perdería. No obstante, decide seguir argumentando cómo la fe en Cristo es la única que puede librarles de la esclavitud de la ley y del pecado. Podemos deducir entonces que sus esperanzas no se habían perdido por completo.

d. Testimonio personal del apóstol Pablo (4:12-20)

“Os ruego, hermanos, que os hagáis como yo, porque yo también me hice como vosotros. Ninguna ofensa me habéis hecho, pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; y no me despreciasteis ni rechazasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo. Al contrario, me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús. ¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que si hubierais podido, os habríais sacado vuestros propios ojos para dármelos. ¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo por deciros la verdad? Se interesan por vosotros, pero no para vuestro bien, sino que quieren apartaros de nosotros para que vosotros os intereséis por ellos. Bueno es mostrar interés por lo bueno siempre, y no solamente cuando estoy presente con vosotros. Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues estoy perplejo en cuanto a vosotros”.

Aunque Pablo dice en el versículo anterior que teme que su predicación haya sido en vano, ahora los llama “hermanos” y les ruega que sean como él. Ya había dicho lo que debía decir con rudeza, para así llamar la atención de los gálatas. Sin embargo, era hora de bajar un poco la tensión. Luego de la dura exhortación viene un tiempo de conciliación. Él mismo estaba practicando lo que más tarde enseñaría a Timoteo: “... que prediques la palabra y que instes a tiempo y fuera de tiempo. Redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Ti. 4:2).

Pablo les ruega que sean como él, que dejen el legalismo, aclarándoles que no se trata de un asunto personal, sino que su amargura nace del amor del apóstol por ellos. Su exhortación proviene del amor por el evangelio y no de un orgullo herido.

El versículo 13 dice: *“pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio”*. Parece ser que Pablo estaba sufriendo algún tipo de enfermedad o dolencia cuando les proclamó el evangelio. La expresión “al principio” puede significar también “en el pasado”.



Su enfermedad no era el propósito por el cual les había predicado el evangelio, sino lo que lo había hecho pasar por Galacia, tal vez con la idea de descansar y recuperarse. Esta enfermedad puede tener que ver con una retinopatía provocada por la malaria, aunque no lo sabemos a ciencia cierta. Lo que sí podemos asegurar es que los gálatas entendían perfectamente a qué se refería el apóstol: “vosotros sabéis”. Ellos, en este momento difícil para Pablo, le mostraron amor y respeto. No lo desecharon por su condición física, no rechazaron el mensaje por estar él afligido ni lo rechazaron como apóstol de Cristo, sino que lo recibieron como si estuviesen recibiendo a Jesús mismo. Pablo dice “*no me despreciasteis*”, utilizando en este caso el verbo “*exouthenēsatē*”, del infinitivo “*exoutheneō*”, el cual describe un desprecio intenso, reducir algo a la nada, descartándolo por completo por no tener en sí valor, despreciándolo completamente. No solo eso, sino que tampoco lo rechazaron, utilizando el vocablo griego *ekptuo*, que literalmente significa “escupir”, en el sentido de despreciar.

El versículo 15 dice: “*¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que si hubierais podido, os habrías sacado vuestros propios ojos para dármelos*”. Este versículo ha sido traducido de muchísimas maneras. El original dice “*ποῦ οὐν ὁ μακαρισμὸς ὑμῶν*”, “*pou oun ho makarismos hymōn*”, lo que significa “¿Cuánta fue entonces su felicidad!?”; o “¿Qué grande era su felicidad en aquel tiempo!”, como una exclamación y no una pregunta.

La felicidad de los gálatas cuando sirvieron a Pablo era una demostración de su amor hacia él, sin embargo, actuaban ahora dudando de las enseñanzas que el apóstol les había dado. Esa felicidad con que lo habían recibido se había esfumado gracias a la influencia de los judaizantes. No solo amaron a Pablo, sino a Dios, al punto de sacrificar lo que fuese necesario para resguardar al apóstol, así se tratara de dar sus propios ojos para su bienestar.

El versículo 16 dice: “*¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo por decirlos la verdad?*”. ¿De ser amado y cuidado por ellos, ahora se había convertido en su enemigo por decirles la verdad? ¿Acaso tratan como enemigo al hombre que les hace ver sus faltas? Tal es la naturaleza humana. Nos cuesta apreciar la amistad en alguien que nos hace ver nuestras faltas, prefiriendo a veces las adulaciones de nuestros enemigos. Como dice Proverbios 27:6: “*Fieles son las heridas de un amigo, pero los besos de un enemigo son engañosos*”.

La opinión sobre Pablo había cambiado. El apóstol seguía teniendo el mismo afecto por ellos, esa era precisamente la razón de su exhortación, la cual no buscaba la reprimenda, sino llevarlos al arrepentimiento. No obstante, los falsos maestros se ocuparon de convencer a los gálatas de que se trataba de un enemigo para ellos.

Los judaizantes atendían a los gentiles para alimentar su propio yo. Ellos no buscaban el bien del otro, sino que su actitud era celosa, pero un celo incorrecto, queriendo desecharlo a Pablo para obtener así toda la atención.



El versículo 17 utiliza el vocablo *zēlousin*, que proviene de *zēloó* y significa ‘celo’ o ‘envidia’. Los judaizantes actuaban por envidia, por lo tanto, su motivación no era buscar el bien de los gálatas, sino el suyo propio, excluyendo a Pablo y a sus compañeros, para así ganarse el afecto y estima de los gentiles.

Como dijo el Señor, si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el pozo, o aún más radical: *“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas”* (Mt. 7:15)

El versículo 18 dice: *“Bueno es mostrar interés por lo bueno siempre, y no solamente cuando estoy presente con vosotros”*. Es decir, hubiese sido loable que siguieran con el mismo interés por lo bueno que habían demostrado cuando Pablo estuvo con ellos, y no que perdieran con tanta facilidad la reverencia y afecto por el apóstol, apenas este continuó con su viaje.

El esfuerzo de los falsos maestros había dado fruto. Fingiendo preocupación por ellos, se ganaron su confianza, alejándolos de Pablo y haciéndoles renunciar al evangelio para volverlos así a su antigua esclavitud.

El celo es algo bueno, siempre y cuando sea por una buena causa, sin embargo, el de los judaizantes estaba lejos de la verdad. Hubiera sido mejor para ellos haber mostrado su celo por lo bueno, como cuando estuvo con ellos. No es bueno que el afecto verdadero se extinga con tanta rapidez apenas un hombre se marcha.

El versículo 19 dice: *“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”*. El apóstol sigue suavizando sus expresiones, llamándolos ahora “hijitos míos” o “mis pequeños hijos”. Esto es aún más cariñoso que “hermanos”. No se trata de una expresión de desprecio, sino de cariño, sin embargo, Pablo había dejado en claro que la niñez era de aquellos que estaban en la ley, que aún no habían cumplido la mayoría de edad.

El apóstol se había esforzado con dolor, como una madre en trabajo de parto, para que ellos fueran nuevas criaturas en Cristo. Ahora sufría la misma ansiedad que en ese tiempo y tenía la esperanza de revivir la alegría de una madre cuando su bebé llega a este mundo.

Pablo no está negando su nacimiento en la fe, sino que entiende que aún deben terminar de formarse. La imagen de Cristo en ellos debía ser restaurada, pues no estaba del todo formada en sus corazones. Dicho de otro modo, no se había forjado en ellos el verdadero carácter cristiano. Es como si aún no hubiesen nacido por completo.

La expresión *“μεχρις ου μορφωθη Χριστος εν υμιν”*, *“mechris hou morphōthē Christos en hymin”*, ‘hasta que haya sido formado Cristo en vosotros’ es bastante rara y única en el Nuevo Testamento. La imagen es la de un embrión que se desarrolla en el cuerpo del niño. La figura es extraña, aunque puede comprenderse su punto: Pablo era la madre que había sufrido dolores de parto para que nacieran en la fe, y ahora volvía a sufrirlos para que en ellos se desarrollara Cristo.



El versículo 20 dice: *“quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues estoy perplejo en cuanto a vosotros”*.

Como nos sucede a todos, una carta escrita no puede reproducir las tonalidades, las cuales expresan nuestras más sinceras emociones. De seguro su voz tendría un mayor impacto en sus corazones. Pablo se sincera en algo: no sabe cómo hablar con ellos a esa distancia y por carta. Necesita estar cerca y que vean su rostro, como el de una madre que sufre por ellos.

2. Parte doctrinal. Los principios de la justificación. Los dos pactos (4:21-31)

“Decidme, los que queréis estar bajo la Ley: ¿no habéis oído la Ley?, pues está escrito que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; pero el de la libre, en virtud de la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; este es Agar, pues Agar es el monte Sinaí, en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, ya que esta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Pero la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre, pues está escrito: ‘¡Regocíjate, estéril, tú que no das a luz; grita de júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto!, porque más son los hijos de la abandonada que los de la que tiene marido.’ Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura?: ‘Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre.’ De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre”.

Pablo se dirige ahora a todos aquellos que quieren estar bajo la ley, lo cual puede hacer referencia tanto a los gálatas como a los judaizantes. ¿Entienden realmente lo que hacen? ¿Saben a ciencia cierta lo que significa esta relación legal con Dios? ¿Saben lo que implica?

A continuación, Pablo presenta un nuevo argumento basado en las Escrituras. Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y el otro de la libre. El que era de la esclava nació según la carne; a diferencia del hijo de la mujer libre, quien fue producto de una promesa divina. Esta es una alegoría de los dos pactos. Por un lado, el pacto en el monte Sinaí, que engendra para servidumbre, la cual es Agar, representando la carne. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, el pacto de la ley, y corresponde a la que ahora es Jerusalén.



Esta es la Jerusalén del templo y la ley, donde se practican todos los rituales; allí sus hijos están en servidumbre. La relación del Sinaí con Jerusalén es mística, pues esta montaña de Arabia está a casi veinte días de distancia de Jerusalén. Lo que une ambos lugares es la ley; fue en el Sinaí que la recibieron y en Jerusalén donde la practicaron.

Por otro lado, hay otra Jerusalén, la Jerusalén espiritual, la que está en el cielo, la cual es libre y madre de todos nosotros. Siendo Sara estéril, se le dio al hijo de la promesa, y tuvo muchos hijos por la gracia de Cristo, los cuales son herederos de la Jerusalén celestial. Una herencia que ya disfrutaban los que han recibido la gracia de Dios mediante la fe. Efesios 1:3 dice: “... *quien nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*”, por lo tanto, no se trata de la iglesia futura habitando en las moradas de la Jerusalén celestial, sino de la Iglesia cristiana universal en la tierra.

Sara, la estéril, ha dado más hijos que la nación de Israel. Los hijos de la promesa, los del Espíritu, son más que los de la carne.

La línea de la carne es la sierva egipcia Agar, quien tuvo un hijo, como un intento de Sara y Abraham de ayudar a Dios. Ismael ya tenía trece años cuando Dios le dijo a Abraham que le daría un hijo. En ese momento, Abraham le pide a Dios que sea Ismael el hijo de la promesa, pero Dios se negó: “*No, por medio de Sara te será llamada descendencia*”.

De la misma manera, los gálatas debían elegir si relacionarse con Dios a través de la ley o a través del Espíritu. En el primer caso, no podrían ser justificados, pero por medio del Espíritu, de la fe en Jesucristo, podían ser redimidos y justificados en Cristo, pues estarían revestidos de él. Si eran hijos de la Jerusalén espiritual por medio de la adopción, entonces eran hermanos de Isaac e hijos de la promesa.

El versículo 29 dice: “*Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora*”. Los descendientes de Ismael pasaron a ser los enemigos de Israel en el futuro. El adolescente Ismael se burlaba del pequeño niño Isaac, y Sara estaba molesta por este trato, al punto de exigir a Abraham: “*Deshazte de esa esclava, no puedo soportarlo más*”. Y Abraham dolido, pues amaba a su hijo Ismael, no lo hubiese hecho si no fuese porque Dios le dijo: “*Escucha a tu esposa Sara*”. Entonces echó fuera Abraham a la esclava y a su hijo. Sin embargo, también puede interpretarse de la siguiente manera: así como Ismael era problemático para Isaac, siendo tanto él como su madre expulsados, también los judíos que insultan y persiguen a los cristianos gentiles serán desechados, y Dios protegerá a los herederos de las bendiciones prometidas a Abraham.

¿Cuál era el propósito de Dios en esto? Que el hijo de la esclava no fuera heredero con el hijo de la libre.



Pablo concluye entonces su argumento diciendo *“no somos hijos de la esclava, sino de la libre”*.

Los judíos habían perseguido a Pablo por predicar el evangelio. Se opusieron al evangelio y a todos los que creían en Cristo, por lo tanto, ellos, que estaban en la carne, no heredarían junto al hijo de la libre.

Siguiendo con la alegoría, no somos hijos de la ley, pues el hijo de Agar no podía traer bendición a los hombres, sino tan solo el hijo de la promesa.

Algo era claro, no podían ser hijos de ambas, por lo tanto, el argumento tira abajo cualquier intento de juntar ambos pactos. Es imposible estar bajo la ley y bajo la gracia, pues estos no son capaces de coexistir en una persona. Si somos hijos de la mujer libre, entonces no tenemos nada que ver con el pacto de la ley.

Cuando los hijos de Israel entraron en la Tierra Prometida y llegaron a Siquem, representantes de seis tribus se pararon sobre el monte Gerizim, y de otras seis tribus en el monte Ebal. El monte Gerizim representaba la maldición y el Ebal la bendición. Los del monte Gerizim dijeron dos veces: ¡Maldito sea el hombre!, pero los que estaban en el monte Ebal no dijeron nada, pues la ley no podía traer bendición, solo el Espíritu, por medio de la fe en Jesucristo era capaz de conducirlos hacia la bendición de Dios.

Aquellos que recibieron por fe el evangelio de Cristo no son hijos de la esclava, por lo tanto, no deben relacionarse con Dios a través de la ley, donde hay condenación, sino por medio de las promesas que Dios nos ha dado, las cuales creemos por fe y recibimos: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”* (Ro. 8:1-4).

Nos relacionamos con Dios a través de la fe, recibiendo por gracia las bendiciones de Dios a través de las promesas. Somos hijos de la mujer libre, hijos de la promesa.

La cita de Isaías 54:1: *“¡Regocíjate, estéril, tú que no das a luz; grita de júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto!, porque más son los hijos de la abandonada que los de la que tiene marido”*, está dirigida a Jerusalén en el reino milenial, cuando Israel mirará atrás y verá cómo durante nuestra era fueron más los engendrados por el evangelio que los de la ley.

No debe extrañarnos que Pablo utilice en esta sección el método *sod* (alegórico). Este era el tipo de interpretación que estaba en la cumbre dentro del círculo rabínico.



Solían tomar un fragmento de la narración histórica del Antiguo Testamento e interpretarlo de manera para nosotros fantástica, pero muy convincente para ellos en su época.

Pablo, como buen rabino, hace esto con la historia de Abraham, su esposa, su sierva y sus dos hijos, con el fin de ilustrar su punto, el cual puede resumirse de la siguiente manera: el hombre que hace de la ley el principio de su vida está en la posición de un esclavo; mientras que el hombre que hace de la gracia el principio de su vida es totalmente libre.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

